GIRONA NOTICIES.COM
+ Periodisme

Barcelona

El terrorismo de Estado del desánimo

Opinió | 16/11/2026 | 20:45



Fabricar perdedores antes de votar: cuando el miedo convence a millones de que su voto no cambiará nada, la derrota democrática empieza antes de abrirse las urnas

Hay algo más peligroso que perder unas elecciones: conseguir que millones de ciudadanos se sientan derrotados antes de votar. No hace falta quitarle a nadie el derecho a decidir. Basta con convencerle de que decidir no sirve para nada.

Lo llamo, a propósito, terrorismo de Estado del desánimo. No hablo de balas ni de víctimas, que no admiten comparación. Hablo de un mecanismo común: utilizar el miedo para condicionar la conducta de las personas. Aquí el objetivo es psicológico. Se trata de que el adversario acepte que resistirse no sirve de nada.

Pedro Sánchez sabe lo que vale parecer invencible. Pero quien merece un capítulo aparte es Iván Redondo, su antiguo estratega, hoy convertido, a mi juicio, en uno de los principales propagandistas de esa resignación. Redondo no ha presentado una encuesta. Ha presentado su propio pronóstico: 133 diputados para el PSOE, 109 para el PP y 66 para Vox. Justamente 175 para PP y Vox. A un escaño de la mayoría absoluta. Un escaño. Mientras tanto, el promedio de RTVE sitúa a ambas formaciones en 193 diputados.

Redondo conoce perfectamente el poder de esos titulares. Ya no dirige un gabinete presidencial, pero sigue cultivando desde los platós la imagen de un estratega imprescindible. Su pronóstico merece ser confrontado con los datos, no elevado a la categoría de revelación. Porque el resultado de convertir una conjetura en espectáculo puede ser devastador: Sánchez resistirá, Sánchez encontrará una salida, todo está hecho.

La psicología lleva décadas estudiando estos mecanismos. Martin Seligman describió la indefensión aprendida: quien se convence de que sus esfuerzos no sirven para cambiar las cosas puede terminar renunciando a intentarlo. Elisabeth Noelle-Neumann explicó la espiral del silencio: quien cree que su opinión está en minoría puede dejar de expresarla y reforzar así la aparente superioridad del contrario.

Ahí está la clave. No hace falta arrebatarle a nadie su capacidad de actuar si consigues que deje de creer que la tiene.

Es la ley de los quietos. La resignación convertida en costumbre. El miedo a perder otra vez como excusa para no intentarlo.

Y lo más incomprensible es que parte de ese relato lo alimentan quienes dicen combatir al Gobierno. Tertulianos, periodistas y opinadores que llevan tanto tiempo anunciando la caída de Sánchez que, después de equivocarse repetidamente, han terminado construyendo su leyenda de invencible.

A ello se suma el espectáculo de las pequeñas candidaturas. Alvise, con Se Acabó la Fiesta; Luis María Pardo, con Iustitia Europa, y Miriam González, con Democracia21. Tres proyectos que prometen regenerar la política y que, en lugar de sumar fuerzas, compiten por el mismo electorado descontento, cada uno con su sigla, su escenario y su protagonista. Tienen todo el derecho a presentarse. Pero la regeneración no puede empezar por la fragmentación.

Y luego está el ego de los grandes. Cada partido quiere su victoria, cada periodista su exclusiva y cada opinador su minuto de gloria. Se busca el triunfo particular antes que el objetivo común. Quienes consideran imprescindible un cambio político deberían ser capaces de explicar sus razones sin convertir cada diferencia en una guerra interna. Los méritos, los votos y el protagonismo ya se discutirán después.

No sé si existe una estrategia coordinada para producir este desánimo. Pero sus consecuencias merecen una denuncia contundente. Porque el problema deja de ser simplemente político cuando los ciudadanos empiezan a desconfiar de su propia capacidad para decidir.

La mejor respuesta al miedo político no es otro miedo. Es desmontar sus mecanismos, contrastar los mensajes y devolver a cada ciudadano la convicción de que su voto importa.

El 29 de noviembre hay elecciones generales. Nadie conoce el resultado. Ni Sánchez, ni Redondo, ni los encuestadores, ni quienes venden sus deseos como certezas.

Porque aquí no nos jugamos solamente quién gobierna. Nos jugamos algo mucho más importante: la confianza en la democracia.

La derrota más grave no sería que Sánchez volviera a gobernar tras unas elecciones libres. Sería que alguien se quedara en casa porque le hubieran convencido de que votar no sirve para nada.

Entonces el miedo habría logrado lo que ninguna democracia debería permitir: que sus ciudadanos se rindan antes de votar.

Autor: Carles Enric

https://gironanoticies.com/el-terrorismo-de-estado-del-desanimo/